

DISCURSO DE AMOR
obligado por las circunstancias

Mi gallo es Lara. Bien que lo he dicho en abundantes, interminables horas de discurso y en sobra de páginas. Sobra de páginas que desde ahora en adelante, con sello de *Cal* y *Arena*, van con mi representación personal al buró de anónimos lectores e inquietantes lectoras (para este pobre inquietable, inquietantes son tantas) que escuchar en susurro el rasgar de mi pluma (computadora, pues, pero en el fondo tiene ella también una nostalgia de rasguídos, como las famosas uñas del alma con que el corazón de los mártires de amor se desgarran las vestiduras), escuchar en susurro, digo, el rasgar rimbombante, anhelante, apasionado, burlón, irreverente de mi lengua, alumbrados por una lamparita cómplice de innumerables deseos que soltar de vez en cuando luminosos suspiros al volar de la página que se lleva consigo pedazos del alma que, inocente, se sumerge más y más en ese mar de mentiras del discurso.

Bueno, mentiras y no tanto. Porque el chiste mayor del amor, de ese amor, es decirlo. Y que te lo crean. Ahí está lo más de la poesía cantadiza. Aunque sus palabras tengan el pelo corto y color violeta o zanahoria, chaleco negro y pantalón bombacho con el tiro a media pierna como si se le hubiera caído el bulto. Lo importante es la formulación del amor. Luego, se tiene la vida entera para sustentarlo. Lo fundamental es el discurso sólo. Y cuando ese milagro realiza el prodigio de amarse, hay campanas de fiesta que cantan en el corazón. Cuando se entrega esa única vez el alma con la dulce y total renunciación ya nomás hay que poner luego el resto de la vida, con todas sus potencias, a sustentar el despropósito. Y a imaginar, a construir un universo formulado en torno al florero inagotable que a sí mismo se recrea, alimenta, regenera, nutre e imagina.

Si fuera de verdad aquello de amar eternamente, quiero sentirte mía, in-

* Director de teatro y danza de la UNAM.

mensamente mía, que asesinen tus ojos sensuales como dos puñales mi melancolía, amar eternamente no en la eternidad sino en la vida real, todos los días, las tardes, las noches, en el trabajo, en la casa, en la tienda, en el lavadero, en la estufa, ¡en el baño!, cambiando a los niños, corriendo a la escuela, al médico, al banco, al mercado, poniéndose las medias, armando la clase, la cuartilla, el puesto, convenciendo a los idiotas que no quieren comprar, vender, oír, leer, aceptar el servicio, etc., otras serían, muy distintas, las canciones que cantaremos. Amar de veras, de otras veras. No quiero que te vayas, no quiero que me dejes, me duele que te alejes y que no vuelvas más. Mi rival es mi propio corazón por traicionero, yo no sé cómo puedo aborrecerte si tanto te quiero, no me explico por qué me atormenta el rencor, yo no sé cómo puedo vivir sin tu amor.

¿Quién pensó nunca que fuera el amor más que decirlo? ¿A alguien le pasó por las mentes la peregrina idea de que el amor, ese amor, ese, el especialmente hechizo de las canciones fuera algo más que su pronunciación modulada, fina, eficaz cuando es suficientemente artera? No tal, No, por mi fe. No hay modo de pensar que la práctica de amor tenga algo que ver con esa formulación maravillosa. Esa apretada estética.

Mi gallo es Lara, digo, y no porque sea larista, ya vieron, sino porque él es Lara, el inverosímil, el pródigo, el insólito; última carcajada de la cumbancha, llévale mis tristezas y mis cantares, tú que sabes sufrir, tú que sabes soñar, tú que puedes decir cómo tengo el alma de tanto amar: (¿hinchada, amoratada, hematómica?). Tú que sabes reír (¿de mis tristezas, reír de mis tristezas amoratorias burlarse?) tú que sabes llorar, tú que puedes decir cómo tengo el alma de tanto amar. Y mientras escucho las claves el bongó y las maracas que tienen el ritmo que nos mueve el corazón, me pongo a pensar en tanto amor desperdiciado: mi adolescencia entonces salta a la tardía palestra que le doy, desperdigado en boleros, bambucos, rancheras, y fox trotes. Canta, guitarra hechicera, cantala copia guajira, siempre que me hablas de amores me cuentas una mentira.

Tanto amor que de por sí es bueno y es noble y es verdadero. Nadie miente cuando compone una canción. Nadie tiene por qué mentir cuando, a solas, en la personal noche de abandonado, toma el piano o la armónica o las guitarras y pergeña una rolita en la que pone con el corazón en la mano lo que jamás le diría a nadie. Ni a ella. Ni a él. Ni en los momentos más íntimos, de desnudos, de recién folgados, sudores compartidos: como un abanicar de pavosreales, en el jardín azul de extravío, con trémulas angustias musicales, se asoma en tus pupilas el hastío. Formé con tu vida mi altar y en él mis flores deshojé y pude mi camino iluminar con luz que de tus ojos me robé. Pero no creas que tus infamias de perjuración incitan mi rencor para olvidarte, te quiero mucho más en vez de odiarte y tu castigo se lo dejo a Dios. Ya ves que venero tu imagen divina, tu párvula boca que siendo tan niña me enseñó a pecar.

Pero todo tiene un sustento más fuerte que la verdad misma: el discurso. Ese adorable discurso que nos pone de cabeza. Róbale un beso a la vida, vida, vida, mira que mi alma te canta, canta, canta. Róbale a tu boca un beso que sea mi tesoro, un beso que quedito me diga te adoro. Nada te cuesta besarme, darme, darme, esa boquita preciosa, diosa, diosa, nada te cuesta dejar que mis labios se acerquen a ti.

Róbale un beso a la vida y dámelo a mí.

Claro que en veces el discurso es abominable. El de los políticos principalmente, el de los padres, con frecuencia, el de los amigos que ya la hicieron, el de los liberados, el de los que lo han logrado, pero también el de los opacados, el de los tímidos, el de los mostrencos. Coño, no hay para dónde escaparse. Estamos sumergidos en un mar de palabrería que abusa de su poder.

Menos mal que existen, cantados tantos y tantos sabrosísimos discursos amorios que legitimados en su repetición a ciegas y en la forma que los contiene dan la certeza de que hay un mundo en el que somos mejores que todos, mejores que nosotros mismos, mejores hasta la muerte.

Pon en mi triste vida una gota de amor, una gota del néctar de tus labios en flor. Pon en mi vida paria la sombra de tus ojos y deshoja las dalias de tus castos sonrojos. Que nunca llegue la hora del olvido, que nunca venga la desilusión que nunca suene el último latido de nuestro aventurero corazón. Que nada empañe tu cielo pagano, que mi alma riegue flores en tu altar y que las gotas de tu amor profano sean el mejor licor para olvidar.

